FABIO MORÁBITO

ÚLTIMO DE LA TRIBU

a mis padres

Yo nací lejos
de mi patria, en una
ciudad fundada
en las afueras de África.

Que en todo continente
y país, aunque mínimo,
hay un algo de más
que no les pertenece

o que les da la espalda,
y es casi siempre un puerto.
Casi siempre está lleno
de europeos y judíos.

Yo nací en un combate
de lenguas y de orígenes
que sólo tierra adentro
termina, en el desierto,

tal vez por eso un algo
de irrealidad me nutre,
de eterna despedida,
y la ironía no basta

—ni el buen humor, ni el arte—
para dejar de ser
alguien que en todas partes
se siente un extranjero.

Alejandro irreal
—es ésta la ciudad—,
princesa del comercio,
puerta de entrada a todos

los placeres, sólo
recuerdo el terraplén
de una avenida tuya:
un viejo malecón,

la tarde fría, sin época,
y abajo yo y mi madre
en una playa sucia
de aceite de los barcos,

de erizos y de algas,
en el instante en que
prendían el alumbrado
arriba, en la calzada.

Alejandro paciente,
sensual y un poco púrpura,
privilegiada y blanda
como una vieja sierva

que de tanto ensuciarse
y gastarse por siglos
se ha vuelto extrañamente
pura y casi mística.

¿No es ése el más humano
trayecto de la carne,
la hermosa levadura
de los invulnerables?

¿Por qué todo lo árabe
me pone pensativo
y me hace desear
un ascetismo pleno

como esa vida simple
pintada en los cigarros
Camel: una palmera,
un camello, un desierto?

Arabia de los viajes,
nombre que se desgaja
entero de mi boca
como una piedra dura,

indivisible y pura
para los peregrinos
que viajan a la Meca
en turbulentos grupos

y en ella recuperan
los gestos aceitosos
del comercio, el gusto
de la existencia oral.

¿Ya es hora de que vuelva
yo también, Alejandro,
y que saldemos cuentas?
Lo sé: a mi edad, ya próxima

a su primera crisis,
a su primer combate
serio, que está juntando
fuerzas y se da ánimo

mientras limpio mi casa
para que no haya equívocos,
le urge también algún
peregrinaje límpido.

Que cada vez son menos
los parientes que quieren
recordarse, y el árabe,
que la familia usaba

en muchas expresiones
de júbilo y de broma,
ya casi no se escucha
en nuestras sobremesas.

El frío de la vejez,
la muerte de unos cuantos,
la lejanía de otros,
la dura indiferencia

te han diluido, Egipto,
y no eres más que un nombre,
apenas otro símbolo
de juventud y gozo,

apenas unas fotos
que cada tanto miro,
yo, el más ajeno y joven,
último de la tribu.